

Louise

Con una cara impassible, Louise estaba preparada para disparar.

Instalada en lo alto de la pasarela desde donde se dominaba el depósito ferroviario de Bourg-en-Bresse, la joven, nerviosa, esperaba la señal de Claude. A pesar de la oscuridad reinante, distinguía con claridad la silueta de su marido a través de la mirilla del fusil. Era fácil reconocerlo porque llevaba su gorra fetiche, la que se ponía siempre en las misiones difíciles. A su lado, dos maquis terminaban de colocar las cargas de explosivo plástico en los bajos de una locomotora. Cuando acabaran, desenrollarían los cables hasta un lugar seguro, a unos veinte metros de allí. Sólo entonces apretarían el detonador.

El objetivo de la explosión era despertar a media ciudad y asestar un nuevo y duro golpe a la Wehrmacht —el ejército alemán—. Desde hacía tres meses, el maquis de Ain multiplicaba sus ofensivas contra los nazis. Asustados con estos ataques que se producían cada día en un sector distinto del departamento, los alemanes se vengaban mediante sangrientas represalias contra la población. A pesar de todo, los habitantes profesaban una lealtad incondicional a los maquis.

Dos días antes, el 8 de abril de 1944, una familia había sido salvajemente ejecutada en la plaza de La Rivoire, una aldea de los alrededores de Champagne-en-Valromey. Los alemanes habían encontrado una bicicleta sospechosa de pertenecer a un maquis apoyada contra la casa de los desdichados. Louise, que se encontraba ese día en la aldea, vio cómo el padre, la madre y los tres niños tuvieron que arrodillarse, uno junto a otro, bajo las amenazas de un oficial. Después, el militar se colocó detrás de ellos y les disparó un tiro en la nuca. La niña peque-

ña, que intentó huir, fue abatida de un balazo en la espalda. Después, la agarraron del pelo y la arrastraron por el suelo hasta el lugar donde se encontraban los cadáveres de su familia. A continuación, los alemanes clavaron los cuerpos en las puertas de la granja familiar para que quedaran expuestos a la vista de todos durante tres días y tres noches. Sólo cuando transcurrió este tiempo, la población recibió autorización para darles sepultura. Al final, la bicicleta resultó ser propiedad de un obrero del ferrocarril que se encontraba de paso, cosa que los nazis sabían desde el principio. La matanza había tenido un carácter ejemplar. A Louise no se le borraban de la mente las caras de los tres niños ni los clavos que traspasaban sus muñecas. Esa noche, si se veía obligada a disparar y a derramar sangre enemiga, sabía que lo haría también en nombre de los mártires de La Rivière.

Louise y su marido habían convenido que, cuando se acercara una patrulla, Claude levantaría la mano e indicaría el número de soldados con los dedos. Louise debía dejar que se aproximaran lo máximo posible antes de abrir fuego. Ella era la mejor tiradora del maquis, lo había demostrado ya y lo demostraría esa noche. ¿Cuántos alemanes había abatido? ¿Ocho? ¿Nueve? No lo sabía con exactitud. Sin embargo, sí se acordaba perfectamente de la cara de su primer muerto, un joven soldado que no tendría más de veinte años. Aquella noche, ella se encontraba en el tejado de L'Étoile des Alpes, una tienda de comestibles de Belley donde Claude y su grupo habían ido a buscar provisiones. Louise, de guardia, vio cómo se acercaba el soldado. Tal vez no se había dado cuenta de nada, tal vez sólo tenía hambre nocturna, quién sabe... Louise no esperó a despejar la incógnita y le disparó dos tiros en la cabeza. «Una bala nunca es suficiente, dispara siempre dos veces», le había enseñado Claude.

Louise sintió un escalofrío. La campana de la iglesia de Bourg-en-Bresse acababa de dar la medianoche. Con la mirilla

fija en el tren de mercancías, le vino a la mente la idea de que el nuevo día coincidía con su cumpleaños. Treinta y cinco años ya. ¿Sería una señal? Pero Louise no era supersticiosa, sólo creía en los hechos, en el aquí y el ahora.

Distraída con sus pensamientos, la joven no oyó el ruido de los vehículos hasta que no vio a Claude levantar las dos manos con los dedos bien separados. Contó ocho. De inmediato, giró el arma hacia la derecha para distinguir a la patrulla a unos cien-cincuenta metros de donde ella se encontraba. A la cabeza del convoy se situaba una autoametralladora con un soldado a descubierto en la torreta. Detrás iban dos hombres en una moto con sidecar y un coche ocupado por cinco soldados.

Louise esperó a tener al tirador de la torreta en el punto de mira para apretar el gatillo dos veces. Los disparos lo alcanzaron en la frente y el hombre cayó hacia atrás. La patrulla frenó en seco, los gritos no tardaron en oírse. Louise recargó el fusil y, conteniendo la respiración, abrió fuego otra vez, ahora contra el conductor de la motocicleta y el pasajero del sidecar. Claude y sus amigos aprovecharon el pánico y la confusión para acabar de colocar los explosivos debajo de la última locomotora. Después, con sigilo, salieron de la oscuridad y se dispersaron. Los alemanes los vieron y les dispararon.

Los maquis respondieron con las armas que escondían bajo sus gabardinas. Mientras sonaban los disparos —que iluminaban la noche como breves relámpagos—, Louise vio que su marido se llevaba una mano al muslo y se desplomaba en el suelo. Claude intentó meterse debajo del tren, pero los alemanes se precipitaron sobre él como aves de presa. Los militares lo levantaron sin contemplaciones y le obligaron a arrodillarse. Louise sentía el corazón desbocado, aunque sabía que no lo matarían allí. No se elimina al jefe de un grupo del maquis cuando se le puede hacer hablar. Le esperaba el interrogatorio, la tortura y, al final, la muerte, a pesar de todo lo que hubieran prometido a cambio de su «cooperación». Pero Louise no permitiría que eso

pasara. Su mano colocó un nuevo cargador y su ojo se alineó con la mirilla del fusil. Divisó las cuatro cabezas con casco. Su dedo iba a accionar el gatillo cuando oyó una exclamación a su espalda. Acto seguido, sintió el cañón de un arma apoyado en la nuca. Un soldado había subido a la pasarela y la amenazaba con el fusil mientras gritaba palabras que ella no entendía. En la cara del nazi, Louise pudo leer una mezcla de satisfacción por haber capturado al francotirador y de estupor al darse cuenta de que se trataba de una mujer. Si Louise estaba viva, era gracias a ese breve desconcierto.

Con voz firme, el hombre le ordenó que soltara el fusil y se levantara. Justo cuando él alargaba la mano para agarrarla del pelo, Louise sacó el cuchillo que escondía bajo la manga y se lo clavó en el cuello con todas sus fuerzas. El soldado puso una rodilla en el suelo. El estupor no se le borraba de la cara. Intentó gritar, pero apenas emitió un balbuceo. Se ahogó en la sangre que le inundó la garganta antes de que su mano pudiera cerrarse sobre el mango del cuchillo. Louise lo empujó con el pie, le quitó el arma y volvió a su posición.

En las vías, Claude seguía rodeado de los cuatro alemanes, que le registraban los bolsillos. Nadie había oído el incidente de Louise con el soldado. Claude mantenía la cabeza baja, pero su mujer sabía que sus ojos la buscaban. Aunque no podía distinguirla desde su situación, debió de localizarla en la penumbra porque hizo una señal con la cabeza. A pesar de los acelerados latidos de su corazón, Louise se tomó el tiempo necesario para apuntar al hombre armado que se encontraba más cerca de su marido. La joven aguantó la respiración y apretó dos veces el gatillo. El objetivo se desplomó, alcanzado en plena frente.

Antes de que los demás pudieran reaccionar, Louise abatió al segundo hombre. El pánico se apoderó del grupo. La joven apuntó al tercero, que pareció sospechar la procedencia de los disparos y se metió debajo de un vagón. Claude aprovechó la confusión para tirarse al suelo y hacerse con una metralleta.

Con el arma en la mano, se dio la vuelta para disparar, pero una ráfaga enemiga lo dejó clavado en el suelo. Louise oyó la detonación cuando intentaba alcanzar al soldado escondido debajo del tren. Sin despegar el ojo del visor, desplazó el arma en dirección a su marido y vio que recibía una segunda descarga aún más mortífera. La joven gritó tan fuerte que el enemigo que acababa de hacer fuego la localizó de inmediato. Una linterna apuntó hacia ella y un militar empezó a escupir órdenes. En ese momento, Louise notó un temblor. Sobre la pasarela, la metralla de su víctima vibraba. Se oyó un ruido cada vez más próximo; una nueva tropa de alemanes acababa de llegar. Esta vez no podría matarlos a todos. Louise lanzó una última mirada a Claude; su casco fetiche reposaba a unos metros de su cuerpo. A continuación, huyó.

Tras bajar de la pasarela, Louise llegó a la carretera principal, donde se encontró con el ferroviario que les había abierto el acceso a las locomotoras. Tranquilo a pesar del tumulto que los rodeaba, el hombre estaba con Fanfan, uno de los maquis que habían colocado los explosivos con Claude. Fanfan había conseguido escapar sin saber que era el único superviviente.

—No podéis coger el camión, habrá controles por todas partes. Seguidme —les dijo el ferroviario.

Ellos aceleraron el paso, sin llegar a correr. A lo lejos, los ladridos de los perros sonaban cada vez más fuertes.

—¿Claude? —preguntó Fanfan a Louise.

Ella se limitó a mover la cabeza. Él no hizo más preguntas. Llegaron a un edificio con la fachada ennegrecida. El ferroviario llamó dos veces a la puerta y luego dio tres toques espaciados. Su mujer los hizo entrar sin decir una palabra. El hombre los guió hasta la cocina, donde el resto de la familia estaba cenando, aunque era bastante tarde. La abuela, el abuelo y la hermana los siguieron con la mirada mientras se tomaban la sopa. El ferroviario corrió la paja que cubría el lugar donde descansaba habitualmente su perro y descubrió una trampilla.

—Habrá que avisar a Chabot —dijo Louise.

—Tiene que venir mañana. Ahora mismo os bajo la sopa.

El hombre abrió la trampilla. Una escalera de madera conducía al sótano. Louise descendió por ella, seguida de Fanfan, que cerró la portezuela. El ferroviario volvió a colocar la paja en su sitio y se sentó a la mesa con su familia, como si nada hubiera ocurrido.

Tumbados cada uno en un extremo del sótano, Louise y Fanfan guardaban silencio. Las patrullas alemanas habían batido los alrededores, pero no habían registrado las casas. Sin embargo, Fanfan estaba muy nervioso. No paraba de dar vueltas en el colchón desgastado que le servía de lecho mientras repasaba en su cabeza la película de los últimos acontecimientos. También sentía que Louise no dormía, y que actuaba como si quisiera ignorarlo. Ella no le había dirigido la palabra desde que se habían encontrado. Él veía en su actitud un castigo por haber abandonado a Claude a manos de los alemanes. Era verdad que había tenido miedo, estaba dispuesto a admitirlo. Sí, ante todo pensó en salvar el pellejo. Pero ¿debía pagar por ello?

Louise siempre lo había intimidado, desde el primer día en que la vio, y no sólo porque era doce años mayor que él, sino porque no se podía leer nada en su rostro. Hasta a los alemanes les imponía. Se acordaba del día en que la pararon en un control de carretera. Louise llevaba una radio desmontada alrededor de la cintura. Aunque el joven soldado que la cacheó notó las piezas de acero debajo de su blusa, la dejó pasar. Durante mucho tiempo, Fanfan se preguntó el motivo. Tal vez el hombre sólo buscaba una pistola y un cinturón grueso no le había llamado la atención. O quizá tenía prisa por terminar, pues en esa tarde calurosa el soldado había registrado a cientos de personas. Sin embargo, para Fanfan había otra explicación: la mirada del militar se había cruzado con la de Louise y la impasibi-

lidad de su rostro le había convencido de que no debía retenerla por más tiempo.

Fanfan conoció a Louise cuando era enfermera en el hospital de Nantua. Claude y él participaban en un asalto al establecimiento con objeto de conseguir vendas y medicinas para el campamento de Morez. Cuando se encontraban en el almacén, mientras Claude echaba los frascos y las cajas en un gran saco, Fanfan oyó un ruido en el pasillo. Empuñaron las armas mientras se abría la puerta y aparecía una mujer con cara de estatua. La enfermera de rostro inexpresivo se limitó a decir:

—Si me hubierais preguntado, habríais ganado tiempo.

A continuación, sin añadir una palabra, los condujo a otra sala donde estaban almacenados los analgésicos más potentes. Ella misma metió las medicinas en el saco. En el momento de partir, con diez veces más productos de los que pensaban llevarse, Claude se volvió hacia Louise y le dijo:

—¿Por qué no vienes con nosotros? Tú también ganarías tiempo.

Tres segundos antes de oír a Claude pronunciar esta frase, Fanfan habría jurado que su compañero no tenía ni idea de lo que iba a decir. Así había ocurrido, porque así era ella, porque así era él. Louise lo pensó un momento, en silencio; luego se quitó la cofia y los siguió. Así empezó todo, la noche del 10 de noviembre de 1942, en el hospital de Nantua. Dos meses más tarde, Claude llamó al alcalde para que los casara en la granja de Morez. Louise no era creyente y se había negado a una ceremonia religiosa. Fanfan fue el testigo de Claude y Étienne el de Louise. Fanfan no sabía de dónde era Louise ni si le quedaba familia en la región. Ella nunca hablaba de esas cosas.

—No te guardo rencor, ya lo sabes.

Aún tenso sobre el colchón, Fanfan se dio cuenta de que Louise acababa de hablarle. En la penumbra, el joven adivinó que lo miraba, con el pelo suelto y un aire menos severo.

—Piensas que te guardo rencor por lo de Claude —conti-

nuó ella—, pero no es cierto. Era yo quien tenía que cubriros. No he sido lo bastante rápida, todo es culpa mía. Intenta dormir, mañana será otro día.

Mañana será otro día. Esta mujer había visto morir a su marido, la consumía un terrible sentimiento de culpa y era capaz de decir: *Mañana será otro día...* Aunque mostrara una fachada insensible, ella amaba a Claude más que a su propia vida y era indudable que su muerte la había destrozado. Sin embargo, allí estaba, a unos metros de él, completamente tranquila y dueña de sí misma. Fanfan sólo tenía veintitrés años, pero dudaba mucho de que en su vida se cruzara con otra persona tan singular como Louise Desfontaines.

El futuro le daría la razón. Tres días después, en la meseta de Hotonnes, cuando regresaba al campamento fortificado de Abergement, una patrulla interceptó el convoy de Fanfan. Para provocar un gran impacto entre los miembros de la Resistencia, los alemanes lo decapitaron, junto con los cinco maquis que lo acompañaban. Louise había salido de Francia el día anterior y nunca supo que Fanfan se había unido a Claude en la larga lista de los mártires del Valromey.

—Han identificado a Claude. Su foto circula por toda la región. Si usted se queda aquí, pone en peligro a todo el grupo. Debe marcharse.

Louise miró al hombre que acababa de hablar. Rechoncho, de mediana estatura, Henri Romans-Petit era el jefe de los maquis de Ain, al menos el único que ella reconocía como tal. Combatiente de la Primera Guerra Mundial, había sido uno de los primeros en oponerse al armisticio de junio de 1940, aunque su idea de una alianza de la Francia no ocupada con Londres había fracasado. Dotado de un valor y de una brillantez fuera de lo común, se había distinguido por la organización del asalto al almacén de los Chantiers de Jeunesse de Artemare, unos

campamentos donde los jóvenes prestaban un servicio de trabajo obligatorio. Con esta operación, el partisano había conseguido ropa y calzado para equipar al maquis. Más tarde, el 11 de noviembre de 1943, Romans-Petit había desfilado con una columna de maquis por el centro de la ciudad de Oyonnax, con intención de burlarse de los alemanes.

Romans-Petit era como un hermano mayor para Claude y Louise. Había llegado a serlo por el devenir de los acontecimientos, aunque se trataran de usted. A veces, Louise no estaba de acuerdo con alguna de sus órdenes, pero, en el fondo, ella sabía que al final acababa por obedecer. A su lado estaba Henri Girousse, al que llamaban Chabot, el comandante de la agrupación Sur, que incluía varios campamentos de maquis instalados en las mesetas de Hotonnes y de Hauteville. Chabot había pasado por la casa del ferroviario para recogerlos —a Fanfan y a ella— con las primeras luces del alba. Él ya sabía lo que le había pasado a Claude, pero no mostró su tristeza. El viaje de más de una hora hasta el campamento de Corlier —al que pertenecían Fanfan y Louise— transcurrió en el más absoluto silencio. Cuando ella iba a bajar del coche, Chabot le dijo de repente:

—Louise, tú sigues conmigo hasta Brénod. Él quiere hablar contigo.

Ella se quedó paralizada, estupefacta.

—¿Él está allí?

—Ya te he dicho que él quiere hablar contigo.

«Él» en el lenguaje de los maquis quería decir Romans-Petit. Él los esperaba más adelante, en la granja del Fort, en Brénod. Como todos los jefes de la Resistencia, Romans y Chabot nunca permanecían más de veinticuatro horas en el mismo maquis. Y rara vez coincidían. Si en esta ocasión los dos hombres se habían saltado la regla, se debía a la gravedad de la situación. Louise lo sabía. Al igual que Chabot, Romans evitó mencionar a Claude cuando se encontró con Louise. Se limitó a recordar su decisión de asaltar un tren el mismo día del sabotaje de Bourg.

Si éste hubiera salido bien, habrían neutralizado a los alemanes. Chabot aún tenía dudas sobre la persona que conduciría el asalto. Cuando Louise se ofreció para ello, Romans se negó en redondo: él no la quería en la región, su marcha era irrevocable.

—Si me voy, no podré combatir —argumentó ella.

—Pasarás a España y te quedarás en un campamento a la espera de tu traslado a Inglaterra.

Aquello sonaba como la peor de las sanciones. Romans añadió:

—Desde allí, usted podrá continuar el combate, Louise. Ellos encontrarán la manera de que sea útil.

Ella movió la cabeza, decidida esta vez a hacerle frente.

—Quiere decir que me meterán en un despacho, cuando mi sitio, como usted bien sabe, está en el frente. Después de lo que pasó ayer, aceptaré cualquier cosa. Y si quiere castigarme, deme lo más peligroso, aunque sea en solitario. Ya no tengo nada que perder. ¡Pero no me envíe a Inglaterra!

—Nadie pretende castigarla, Louise. Usted no podía saber que el enemigo había doblado sus efectivos en la estación. Chabot y yo asumimos toda la responsabilidad de lo ocurrido.

—Te mandamos a Londres para que seas más útil. Lo que tú sabes debería ser de gran ayuda.

—¡Pero allí no conozco a nadie! ¡Cómo queréis que sirva de ayuda!

—Pierre trabaja para el SOE. Él sabrá a qué servicio destinarle.

Louise miró fijamente a uno de los hombres y luego al otro con el mismo aire de incredulidad.

—¿Pierre? ¿Qué Pierre?

—Pierre Desfontaines, tu hermano.

La respuesta de Chabot había resonado en sus oídos.

—¿Mi hermano está en Inglaterra? Pero eso es ridículo. No le conocéis, tiene las mismas ideas que mi padre. Además, es demasiado cobarde para...

Romans la cortó:

—Uno de nuestros enlaces nos comentó que se había entrenado en Inglaterra a las órdenes de Pierre Desfontaines, quien pertenecía al SOE desde febrero de 1943. ¿Cuándo ha hablado con su hermano por última vez, Louise?

Chabot la miraba con una sonrisa socarrona.

—En diciembre de 1942.

Los dos hombres intercambiaron una mirada cómplice.

—Todos tenemos varias caras, Louise. Parece que usted no conoce a su hermano tanto como pensaba.

Por primera vez, Louise no supo qué responder a Romans.

Pierre

Siempre había soñado con Baker Street.

Se veía de adolescente, sentado en la escalera de la mansión familiar, devorando una nueva aventura de Sherlock Holmes. En voz baja, Pierre repetía los nombres de *Baskerville*, *Moriarty* y *Baker Street* como si fueran pasaportes para un mundo soñado.

Además, si un detective domiciliado en Baker Street conseguía eliminar a los adversarios más temibles que se pudiera imaginar, ¿qué decir de un servicio secreto que había instalado allí sus oficinas? Sin embargo, los locales del Special Operations Executive no tenían ningún *glamour*. Al principio se encontraban en Caxton Street, cerca de Saint James's Park, pero luego se habían establecido en el territorio de Sherlock, después de requisar las antiguas oficinas de Marks & Spencer. Ahora ocupaban hasta seis edificios de la calle bajo el nombre-tapadera de Inter-Services Research Bureau. Desde hacía año y medio, Pierre trabajaba en la sección francesa —denominada F—, que dirigía el coronel Maurice Buckmaster, un hombre con cara de perro pachón y una flema típicamente británica que calaba a su interlocutor desde el primer momento. Sin embargo, hasta entonces Pierre se vanagloriaba de haberle ocultado una parte importante de su vida, algo de lo que estaba muy orgulloso.

Aún se acordaba de su primer encuentro con Buck. Unas semanas antes había llegado a Escocia y, luego, se había trasladado a Londres, donde un contacto le había hablado de un servicio que reclutaba franceses: el SOE. Creado por Winston Churchill y organizado por el ministro Hugh Dalton, el Special

Operations Executive tenía la misión de defender Europa a sangre y fuego por medio de múltiples operaciones de sabotaje contra el enemigo llevadas a cabo en el continente. Este proyecto había despertado la imaginación novelesca de Pierre, que fue uno de los primeros en presentarse en la sección F, donde le recibió un agente llamado Selwyn Jepson, encargado del reclutamiento. Por una extraordinaria coincidencia, Jepson era el autor de varias novelas de espionaje que le habían gustado mucho a Pierre, lo que facilitó de entrada el encuentro entre los dos hombres. El hecho de que Pierre fuera un oficial del ejército francés jugó también a su favor y consiguió un informe de los más favorables. A continuación, tuvo que pasar una entrevista con el jefe del servicio: el coronel Buckmaster.

—Veo que usted fue a la escuela militar de Saint-Cyr —dijo Buck en perfecto francés mientras encendía su pipa.

—En efecto, mi coronel.

—¿Tradición familiar?

—En absoluto, mi padre era profesor de universidad.

—¿Le queda familia en Francia?

—Sí, mi padre.

—¿Su madre murió?

—Cuando yo tenía doce años.

—¿Tiene hermanos?

Después de un breve titubeo:

—No.

Buck garabateó unas palabras en una libreta.

—Hábleme de su padre.

Pierre se removió en su silla.

—Era el rector de la Universidad de Lyon... Vivimos allí hasta la muerte de mi madre. Luego prefirió trasladarse a la mansión familiar, en los alrededores de Nantua.

—¿Él sabe que usted se encuentra en Inglaterra?

—No, lo ignora.

—¿Se marchó sin decírselo?

—Digamos que me marché tras haber discutido con él.

—¿Por qué discutieron?

—Mi padre es muy conservador. Siempre pensó que la derrota era legítima. Por otro lado, tiene absoluta confianza en Pétain.

—¿Y ése no era su caso?

Pierre examinó el despacho donde se encontraba. En una mesita baja, junto a la ventana, había un juego de ajedrez. Cada vez que Buck le hacía una pregunta, tenía la sensación de que movía una pieza.

—Contaba con razones personales para pensar de otro modo.

—¿Cuáles?

Pierre inspiró profundamente.

—Los alemanes asesinaron a mi novia.

Buck hizo nuevas anotaciones en su bloc. Pierre estaba asombrado de su propia audacia. Las palabras habían salido por sí solas, sin necesidad de pensarlas.

Después, el coronel nunca le había vuelto a preguntar sobre los motivos de su ingreso y eso le demostraba que su pequeña mentira había colado. Por esta razón, esa mañana de mayo, cuando entró en el despacho para informar de la reaparición de un radiotelegrafista en Meudon, Pierre sintió que el suelo se abría bajo sus pies ante la pregunta de Buck:

—¿Por qué me ocultó que tenía una hermana?

El coronel le enseñó una orden de búsqueda de la Gestapo ilustrada con una foto de Louise Granville, de soltera, Desfontaines.

Como un niño pillado en falta, Pierre se limitó a bajar la mirada.

—Si fuera partidaria del gobierno de Vichy, como su padre, lo habría comprendido —continuó Buck—, pero se trata de un miembro modelo de la Resistencia, recomendada por el teniente coronel Romans-Petit.

—Es una larga historia... —masculló Pierre.

Buck abrió el expediente que tenía delante de él, sobre la mesa de despacho.

—Sin embargo, la que yo he leído es bastante corta. Su hermana pasó a España después de la muerte de su marido, ocurrida durante una operación de la Resistencia. Claude Granville, un maquis de primer orden, miembro del campamento de Corlier...

—Lo conozco...

—Ella pasó tres semanas en el campo de Miranda. Allí comunicó a la Cruz Roja que deseaba incorporarse a nuestro servicio. Nuestro cónsul le concedió la extradición. Ha salido de Gibraltar esta mañana.

—Coronel, sé lo que usted piensa, pero déjeme que le diga...

—Los alemanes nunca asesinaron a su novia, ¿verdad?

Pierre sintió que se ruborizaba.

—No, en efecto.

—¿Por qué me mintió entonces?

—Mi vida carecía de interés, tenía que hacerla atractiva.

—Ahora su mentira resulta poco convincente.

—Si me lo permite, mi coronel, no creo que el sitio de Louise esté en nuestro servicio.

—¿Y por qué no? Sabe tan bien como yo que faltan efectivos en la sección F.

—Mi hermana es una persona imprevisible...

—Excelente, así es como se gana una guerra, lo sabe bien...

—Es una cabeza loca, rechaza toda forma de autoridad.

—Estupendo, le daremos un galón.

Pierre dejó caer los brazos. Estaba vencido. Buck esbozó una sonrisa.

—Su barco llega mañana a Escocia. Un avión la trasladará al aeropuerto militar de Aldershot. ¿Cuento con usted para acompañarla hasta aquí?

Pierre asintió y salió del despacho.

Al día siguiente, cuando conducía por la carretera en dirección a Aldershot, Pierre pensaba en la razón que le había llevado a ocultar la existencia de Louise a Buckmaster. Detrás de los limpiaparabrisas que barrían el intenso chaparrón del cristal del coche, la cara de Édouard Véry le vino a la mente. Pierre y Édouard habían nacido el mismo mes, habían estudiado juntos y, luego, habían seguido la misma instrucción militar en Saint-Cyr. Durante las fiestas de Navidad, Édouard se quedaba solo en el internado porque su familia residía en ese momento en un departamento de ultramar, donde su padre tenía un puesto de oficial de gendarmería. Pierre invitaba siempre a su amigo a pasar la Nochebuena con ellos en Bérail. Su padre lo quería mucho y lo consideraba prácticamente un hijo más. Édouard conoció a Louise en esa época, pero los jóvenes habían dejado de tratarse cuando ella se marchó a estudiar Filosofía a Lyon. Entonces, Louise parecía un marimacho, llevaba el pelo corto y siempre estaba dispuesta a jugar al fútbol con ellos en las tierras agrestes de la mansión. Aquella Nochebuena de 1938, Édouard no esperaba encontrar a una joven de largos cabellos, rebosante de feminidad, que lo recibió con un simple: «¡Hola, Édouard! ¿Qué tal?», como si se hubieran despedido el día anterior. Durante la cena, Pierre se dio cuenta de que su amigo se ruborizaba ante las preguntas personales de Louise. Él veía claramente que su hermana le gustaba, pero sabía que Édouard era demasiado tímido para declararse. Después de cenar, Pierre fue a la habitación de Louise para decirle:

—Creo que Édouard te quiere mucho.

—Yo también le quiero, es muy amable.

—No, me refiero a que creo que le gustas.

Louise estaba sentada en el tocador, recogiénose el pelo en un moño. Ni siquiera se volvió, sólo se limitó a responder:

—¿Ah, sí? ¡Qué mono!

Ella no había dicho nada más, pero Pierre hizo todo lo po-

sible por facilitar el acercamiento de ambos durante los días siguientes. Las cosas siguieron su curso y, unos meses después, Édouard pidió la mano de Louise a M. Desfontaines, quien se la concedió sin dudar.

—Me siento muy feliz de que entres en nuestra familia, Édouard, y creo que serás una buena influencia para Louise.

M. Desfontaines pensaba que su hija necesitaba de alguien que la llevara por el buen camino. En la primavera de 1939, Louise le había comunicado que dejaba la carrera universitaria que él había elegido para ella.

—No tengo vocación. Además, los profesores son mortalmente tristes. No quiero acabar como ellos.

Lo que, por supuesto, su padre interpretó como un «no quiero acabar como tú». El hombre intentó disuadirla varias veces, pero siempre se daba contra el mismo muro. Louise quería ser enfermera, una profesión que consideraba bastante más útil y, detalle nada despreciable, con una tradición más bien escasa en la familia. M. Desfontaines contaba con Édouard para convencerla de que retomara sus estudios de Filosofía. Éste le aseguró que sería cosa hecha antes de la boda, a principios de julio. Pero, la última semana de junio, Louise sorprendió a todos con su negativa a casarse con Édouard.

Los padres y las hermanas de Édouard habían venido desde la isla de Reunión para asistir a la boda. M. Desfontaines los había invitado a Béraïl, donde les habían reservado toda la segunda planta. Durante la primera cena con la familia Véry, Pierre se dio cuenta de que las cosas no iban bien. En cuanto tomó el primer plato, Louise se disculpó y utilizó como pretexto que se sentía indispuesta para salir a tomar el aire. Una hora después, aún no había regresado. Édouard se levantó de la mesa para ir a buscarla, sin éxito. Louise volvió a aparecer tres horas más tarde, sin dar la más mínima explicación sobre su ausencia. Aquella noche, en las escaleras de la mansión, cuando Louise se dirigía a la habitación de su novio, le comentó a Pierre:

—¿Sabes? No creo que vaya a funcionar.

Pierre le pidió que se explicara, pero ella no respondió nada. Al día siguiente por la mañana su decisión estaba tomada. Después de comunicársela a Édouard y luego a Pierre, Louise esperó a que todo el mundo se sentara a desayunar para soltar:

—Os pido perdón por el daño que os causo, pero no voy a casarme con Édouard. Se trata de una decisión madurada durante mucho tiempo y creo que es lo mejor para todos. Estoy segura de que Édouard encontrará otra novia que le convendrá mucho más. Algún día me lo agradeceréis.

A continuación, Louise se marchó de Bérail, dejando a los invitados conmocionados y al pobre Édouard desconsolado. La anulación de la boda fue muy sonada en la región. M. Desfontaines juró que su hija no volvería a poner un pie en su propiedad, y luego cayó en una depresión que le consumió hasta septiembre. Los padres de Édouard se lo tomaron mucho mejor, convencidos de que su ex futura nuera era una loca que, sin duda, habría hecho mucho daño a su hijo. Édouard nunca se recuperó de este golpe. Cuando Francia entró en guerra, en mayo de 1940, el joven hizo todo lo posible por ir al frente, a pesar de la oposición de sus padres, que le habían buscado un empleo seguro en el Ministerio de la Guerra. Pierre no quería que se marchara solo y le siguió hasta Sedan. El primer día de combate, Édouard cayó bajo el fuego enemigo. Pierre seguía convencido de que su amigo buscó la manera de poner fin a sus días y consideraba que Louise era directamente responsable de aquello.

El joven que volvió a Bérail había sufrido una metamorfosis. En la casa, nada había cambiado. Seguían sin noticias de Louise y su padre evitaba mencionar su nombre. Pierre preguntó a los vecinos, quienes le informaron de que su hermana vivía en Nantua, donde trabajaba como enfermera en el hospital municipal. Por un instante, estuvo tentado de ir a comunicarle la muerte de Édouard, pero luego renunció por temor a

que la indiferencia de ella no hiciera más que aumentar su enfado. Aunque la indignación y la rabia bullían en su interior, él no lo expresaba y, para cualquier observador externo, Pierre sólo parecía resignado y apático. Ni siquiera tuvo fuerzas para replicar a su padre, quien le soltó un sentido discurso sobre la incompetencia del ejército francés. Sin embargo, Pierre no aceptaba la capitulación. Aunque tampoco ocultaba su aprecio por Philippe Pétain, que acababa de firmar el armisticio con Hitler en Compiègne. El mariscal había sido el héroe de sus años de estudio y su visita a Saint-Cyr le había impresionado mucho. Tanto él como Édouard habrían seguido a ese hombre hasta el mismo infierno si hubiera hecho falta.

Y precisamente ahora estaban en el infierno. Édouard había muerto y Pétain nunca sabría sacarlos de allí. Pierre había tardado dos años en comprenderlo. Como para la mayoría de los reclutas, fue una sorpresa recibir el llamamiento para el STO, el Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania. En la Navidad de 1942, Pierre tuvo una violenta discusión con su padre, el cual le ordenó que se marchara enseguida. A pesar de todo, el joven se quedó en la mansión. Unas horas más tarde, en su dormitorio, tomó una decisión: abandonaría la casa familiar al día siguiente.

Pierre alquiló una habitación en Nantua. A través de Jean Daroz, un antiguo camarada de Saint-Cyr, se enteró de que existía una red para llegar a Inglaterra. Una noche de diciembre, cuando iba a acudir a la cita con su contacto, antes de salir de la habitación oyó un golpe contra el cristal. Intrigado, abrió la ventana. Una mujer que llevaba un impermeable y una boina le hizo una seña. Era Louise. Aunque no la había visto desde hacía tres años, la reconoció de inmediato.

—Parece que no quieres ir a Alemania —le soltó sin más preámbulos.

Louise se había sentado en la cama.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Siempre tengo antenas en Bérail.

—Ya veo.

—Si quieres saberlo todo, hasta me han dicho que te has peleado con papá.

—Creía que estaba peleado contigo. Desde hace tres años no has dado señales de vida, Louise.

—Lo sé, pero no podía darlas. Pensaba que eras como él.

Pierre la miró mientras tomaba una taza de manzanilla que acababa de servirle. No había cambiado.

—Yo también tengo mis antenas. ¿Trabajas entonces en el hospital de Nantua?

—Ahora no. Han pasado muchas cosas en mi vida últimamente.

—Imagino. ¿Has tenido noticias de Édouard?

—No. ¿Se ha casado?

Pierre reprimió unas ganas terribles de darle una bofetada, pero se contentó con esbozar una sonrisa triste.

—Murió delante de mí, en Sedan. Pensaba que lo sabías.

—No, ni siquiera sabía que había ido al frente.

—Más bien diría que se dejó matar. Por tu culpa.

—¡Para, Pierre!

—Tú le rompiste el corazón, ten al menos la decencia de reconocerlo.

Ella se levantó de un salto y lo miró a los ojos.

—¡No puedo llorar por alguien que se ha dejado matar cuando, a mi alrededor, cada día caen camaradas resistiendo!

—¿Camaradas? ¿Resistiendo? ¿De qué estás hablando?

Ella dudó un segundo, como si estuviera a punto de hacer una confesión vital.

—He conocido a un hombre, Pierre, un hombre al que amo y con el que he decidido combatir. He venido a pedirte que te unas a nosotros.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Se llama Claude Granville... Era maestro en Oyonnax.

—¿Granville? ¿El comunista?

—Pero ¿qué importa eso? Ahora luchamos juntos, ¿no?

Pierre abrió la puerta y dijo con frialdad:

—No lucharé con un comunista. Adiós, Louise.

Ella lo miró un momento, estupefacta; luego, dejó su taza y se limitó a responder:

—Creía que habías cambiado, pero veo que sigues siendo igual que él.

Louise salió de la habitación y desapareció en la oscuridad. Aquella misma noche, Pierre se encontró con Jean Daroz y, un mes más tarde, desembarcó en Edimburgo.

Había llegado. Aparcó el coche delante de la cantina de oficiales del aeropuerto de Aldershot, donde Buck le había dicho que Louise lo esperaría. Sentía una ligera opresión en el pecho y se tomó un momento antes de bajar del vehículo. No había vuelto a ver a su hermana desde aquella noche de diciembre de 1942 y le inquietaba el reencuentro. Ahora ella era viuda y había pasado varias veces por la prueba de fuego. Por su parte, él había realizado varias misiones sobre el terreno, en Francia, había conocido la tortura y había escapado de la muerte, pero nada igualaba ni de cerca lo que su hermana había soportado en el maquis. Louise tenía más experiencia; sin embargo, ahora tenía que ponerse a sus órdenes. Pierre se preguntaba cómo vivirían ambos esta situación inédita, pues, al margen de las circunstancias, él no podía abstraerse de esa intensa competitividad que durante toda su vida había sentido con respecto a su hermana.

Cuando entró en la cantina, paseó la mirada por el local sin reparar en ninguna silueta conocida. Unos militares jugaban al billar, otros estaban comiendo, pero no se distinguía a ninguna mujer sola. Se volvió para dirigirse a la barra y enton-

ces la vio, apoyada en el mostrador, con una tímida sonrisa en los labios.

—No estaba segura de que fueras tú. El uniforme te hace más alto...

Louise llevaba un abrigo marrón sobre los hombros, una falda negra, zapatos de tacón con cordones y una boina color chocolate que le daba un aire estudiantil. De su bello rostro emanaba esa dulzura que tanto le gustaba. Aunque Pierre sabía que era demasiado impetuosa como para dejarse ablandar. No obstante, decidió ser cortés.

—He sabido lo de tu esposo. Lo siento mucho.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y bebió un sorbo de té.

—¿Cómo te has enterado de que estaba en el SOE?

—Por mis jefes del maquis. Me sorprendió mucho. Creía que te habías rendido. La última vez que nos vimos, no me dio la impresión de que estuvieras dispuesto a luchar.

—No quería luchar con vosotros, lo que es diferente.

—No querías combatir con mi marido comunista, es algo distinto.

Ella se dio cuenta de que se había apuntado un tanto.

—Al final —continuó ella—, Londres era el mejor medio de alejarte de Claude y de mí.

—No entiendo lo que pudiste ver en él, es cierto.

—Nunca entenderás lo que pueda ver en cualquier hombre que no sea Édouard, es decir, que no sea como tú.

Ella tomó el último sorbo de té y le dijo mirándole a los ojos:

—¿Nos vamos?

Pierre, desconcertado, pensó que nada iba a ser fácil.

El viaje de regreso a Londres transcurrió en un silencio casi absoluto. Pierre conducía, mientras Louise, en el asiento de atrás, contemplaba impasible los estragos causados por el Blitz, el bombardeo alemán sobre la ciudad. Durante un rato, su mirada se detuvo en una librería sin techo donde los londinenses,

indiferentes al caos que los rodeaba, consultaban impasibles las obras colocadas en las estanterías intactas. Pierre aparcó delante de su vivienda, una casa pequeña de dos plantas, con fachada de ladrillo rojo, situada a unas pocas calles de Baker Street. En el jardín, invadido por la maleza, se veía el cartel con la indicación de que el lugar ya no se alquilaba. Al fondo, un destartelado pórtico sostenía un columpio oxidado que chirriaba con cada sople de viento.

Pierre guió a su hermana hasta la habitación que le había preparado, en la planta de arriba. El dibujo del papel pintado —horroroso— representaba a unas ovejas saltando una valla. Una cama, un pequeño escritorio y una silla junto a un armario amueblaban la pieza.

—Si necesitas otra manta, tengo en mi habitación —dijo Pierre mientras abría la ventana.

El mobiliario era tan dispar que Louise supuso que su hermano lo había recogido de un vertedero. Si quería hacerle saber que no era bienvenida, lo había conseguido con creces.

—¿Cuándo me llevarás al SOE? —preguntó mientras desahacía las maletas.

—Mañana por la mañana. Tienes una cita con el encargado del reclutamiento. Es bastante pintoresco, ya lo verás.

—¿Qué me preguntará? ¿Si estoy motivada?

Pierre se apoyó contra la pared. La observaba.

—Sólo es una formalidad, para ver a qué servicio destinarte.

—¿A qué servicio?

Louise se quedó paralizada. La tímida sonrisa que leía en los labios de Pierre no le decía nada bueno.

—¿Por qué podrían mandarme a otro servicio que no fuera una misión sobre el terreno?

—Eso lo deciden ellos, no puedo prometerte nada.

Ella lo miró de arriba abajo en silencio. Él separó la espalda de la pared y, mientras bajaba por la escalera, le dijo:

—Descansa, debes de necesitarlo.

Durante los días siguientes, el trabajo de Louise se asemejó a lo que ella más temía: un descanso forzoso. Después de una entrevista bastante poco excéntrica para las expectativas que Pierre había hecho nacer en ella, Selwyn Jepson la recomendó para un puesto provisional de secretaria, a la espera de una misión donde pudiera encajar. Louise pasó más de dos semanas clasificando expedientes y afilando lápices, mientras compartía de vez en cuando comentarios banales con Vera Atkins, la asistente del coronel Buckmaster, el cual permanecía misteriosamente inaccesible. Muerta de aburrimiento, Louise aprovechaba la menor ocasión para salir de las oficinas de la sección F y explorar los demás edificios del SOE, que ella imaginaba —equivocada— como un hervidero de actividad. No obstante, Louise entró en contacto con algunas agentes femeninas que habían regresado de una misión o que esperaban la asignación de una nueva. Fascinada, escuchaba sus hazañas con una gran nostalgia por entrar en acción, aguzada porque aquellas proezas hacían más insoportable aún su ociosidad burocrática.

Una de aquellas jóvenes la impresionó vivamente. Con apenas veintiocho años cumplidos, Christina Granville era una de las mujeres más hermosas que Louise había visto en su vida y una de las últimas que podía imaginar desempeñando esas tareas. Aunque ella era varios años mayor, Louise se reconocía en aquella valiente que llevaba el mismo apellido que su marido y que había participado en las misiones más peligrosas, tanto en Europa como en África. En los Alpes italianos, había conseguido burlar a todo un destacamento de soldados alemanes durante una persecución épica sobre esquís. Su amante, un héroe del ejército polaco, formaba con ella una combinación explosiva, que le recordaba mucho a Louise la pareja que ella misma hacía con Claude. Hasta sus orígenes eran similares, ya que tanto una como otra llevaban sangre noble en las venas. Nacida en Polonia —su nombre de soltera era Krystyna Skarbek—, pertenecía a una de las ilustres familias que habían expulsado a los caba-

llos teutones de las tierras polacas en el siglo xv. El anillo de oro que llevaba en el dedo corazón tenía un trozo de hierro incrustado en recuerdo de esas horas heroicas. Cuando Louise le pidió que le explicara el significado del anillo, Christina le relató un episodio en que uno de sus ancestros, Jan Skarbek, se había opuesto al emperador germánico Enrique II. A punto de invadir Polonia, el monarca intentó convencer a Skarbek de que toda resistencia sería inútil enseñándole los cofres llenos de oro que tenía previsto entregar a su ejército. Su antepasado se quitó el anillo y lo tiró al suelo, en medio de todos los presentes, mientras declaraba: «Que el oro regrese con el oro, los polacos preferimos el acero».

Aquel día, Louise se quedó más de una hora escuchando las aventuras de la Dama de Hierro. La conversación acabó cuando Vera Atkins indicó a Louise que debía regresar a su puesto en la sección F. Al estrecharle la mano, Louise confesó a Christina que le gustaría morir habiendo vivido al menos la décima parte de su apasionante existencia. No imaginaba entonces lo que le reservaba el futuro inmediato.